

EL SURREALISMO MÁGICO DE LATINOAMÉRICA, SU ENFERMEDAD MORTAL

CARLOS DÍAZ

Miembro del Instituto. E. Mounier

Conozco prácticamente todos los países de mi amada Latinoamérica, pero hay al menos un par de caracteres comunes a todos sus pueblos que son su ruina ancestral, a saber, que su espacio y su tiempo son vividos surrealísticamente.

La primera y más evidente forma de burlar la realidad es *la resistencia a integrar los acontecimientos espaciales en la dimensión temporal*: un *aquí* espacial sin un *ahora* temporal. El *ahora* que no llega cuando debe deviene *ahorita*, 'ahora' paralítico, mera promesa del mañana. Semejante distorsión de la temporalidad inadaptada a la realidad constituye la esencia del *realismo mágico*: la realidad parece que está, aunque no esté. La realidad existe sólo a la medida de los deseos y de los sueños.

En Latinoamérica cuando el *ahora* no se cumple tenemos un *ahora* suplente, el *ahorita*, y cuando el *ahorita* tampoco se cumple ni a tiros, todo termina solucionándose con *una disculpa (dis-culpa: no culpa)*: yo no tuve la culpa, en definitiva. Pero entonces ¿a quién reclamo cuando he perdido aquel vuelo trasatlántico —tal y como me ocurrió una vez— porque no me despertaste en el hotel, señor conserje, según lo habíamos acordado y quedó escrito? La incapacidad para corregirse es desesperante; si al *ahorita* le das una segunda oportunidad vuelve a *excusarse sin acusarse*. En cualquier caso, la tendencia autoexculpatoria del surrealista es mayor que la autoexigencia realista y se disuelve en una nebulosa carente de perentoriedad ejecutiva. A veces esta distorsión surrealista en la relación entre el espacio y el tiempo obedece a un fatalismo inexorable casi hinduista: el tiempo está escrito en las estrellas, las cosas pasarán como tengan que pasar sin que la voluntad humana pueda corregirlas, la realidad es así.

Pero los hechos son los hechos. Ineficacia y más ineficacia, me gustaría saber cuántos pasajeros pierden al día su avión. La impuntualidad es propia de personas inmaduras que no planean sus acciones ni son demasiado atentas. Para ser puntual hay que prever

la relación entre uno mismo y su circunstancia, es decir, hay que ser previsor. Entre el momento en que se piensa algo y el tiempo en que se ejecuta pasa tiempo, las cosas no son pensadas y automáticamente realizadas, hay que contar con los obstáculos, las dificultades, las contingencias, y no sirve de nada echarle la culpa al tráfico, al mal tiempo, o a la suegra. El perezoso se imagina que las cosas van a salirle automáticamente a pedir de boca, que todo será según lo desea por ser vos quien sois, pero su voluntad se come a su inteligencia (en ocasiones también se llega tarde por querer llegar demasiado deprisa) y su imaginación devora a su voluntad.

Ahora bien, a partir del momento en que el *yo* se pierde en lo posible sin lo necesario, sufre *la desesperación en lo posible*, puesto que ninguna realidad se forma allí. Al final lo posible lo abarca todo, pero entonces el abismo se ha tragado al *yo*. Apenas el instante revela su posible *ya surge otro ya posible* con tanta rapidez que todo nos parece posible, tornándose así la realidad una ilusión, según lo expresa el lenguaje ordinario cuando dice que alguien *ha salido de la realidad*. La desgracia de un *yo* semejante tampoco se debe a no haber llegado a nada en este mundo, sino a no haber adquirido conciencia de sí mismo, a no haber percibido que ese *yo* es el propio *yo*, un *yo* real.

Por lo demás, *la impuntualidad también llega tarde a las personas*. Ella no sospecha ni por asomo que *el tiempo es relacional*, que acontece *entre tú-y-yo*, y que cuando no se ejerce bien conlleva una tremenda falta de respeto tanto al otro como a uno mismo. Por si fuera poco, lo malo de ser puntual es que llega uno a la cita y no hay allí nadie para apreciarlo. Cuando alguien llega tarde, cuando se retrasa y me hace esperar perjudicándome, me llegan *distintos mensajes*. Uno, que su tiempo es más importante que el mío, un mensaje bastante arrogante. Dos, que yo no soy una persona importante, pues de lo contrario llegaría a la hora. Tres, que no es una persona correcta, pues no se atienen a la palabra dada ni cumple sus compromi-

sos. Cuatro, que no sabe administrar su tiempo, y en consecuencia tampoco su dinero, ya que se lo gasta antes de tiempo. Cinco, que jamás será mi socio porque me iría muy mal con él. ¿Cómo aspirar a un comercio internacional si los plazos acordados no se respetan exquisitamente? Un pueblo donde todo es impuntual está condenado al fracaso: el primer avión se demora e impide alcanzar el segundo, y la cadena continúa de mal en peor. Seis, para suplir sus carencias miente e inculpa a los demás: al tráfico, a la lluvia, o a su abuelita antes que reconocerse impuntual. Siete, cuando todo el mundo es impuntual, la gente se pone nerviosa, agobiada, estresada, o se refugia en el mal común: la impuntualidad se convierte en una plaga nacional. El impuntual ha *olvidado el principio, no ha comprendido el medio y no ve con agrado el final.*

Pero vayamos con la segunda forma de separar la realidad de la verdad, a saber, el «no me hables golpeado». Aquella pobre mujer italiana a quien traté personalmente hace cincuenta años en Alemania se volvió literalmente loca porque desde su analfabetismo pensaba que los alemanes le hablaban siempre *golpeado*; sin embargo, aunque se les pueda acusar de muchas cosas, la realidad es que los pobres alemanes hablan así, con una prosodia no tan dulce como los gondoleros italianos, que parecen estar cantando melódicamente mientras hacen deslizarse sus barcas por Venecia. Ampliando la analogía, también otros pueblos «golpearían» sin querer a otros pueblos porque lisa y llanamente hablan como hablan.

En más de una ocasión lo que se oculta detrás de esos reproches es un velado o no tan velado etnocentrismo que entiende las *diferencias* lingüísticas de los demás como *deficiencias* respecto de las propias: no modelan tan aflautadamente como nosotros, luego son bárbaros, algo que por extrañamiento que pueda parecer constituyó un argumento del mismísimo Platón para ridiculizar a los pueblos que no hablaban griego como él, a los que llamó *bárbaros* porque a su torpe oído aquellas palabras foráneas le sonaban como el graznido de un chachalaca, *bar, bar, bar...* Pero, si el niño es chillón, ¿para qué lo pellizcan? Es una pregunta que también habría que haberle sido formulada a Martin

Heidegger cuando afirmó que en el único idioma en que se podía pensar filosóficamente era en el suyo, el alemán, y esto lo decía siendo rector de una gran universidad alemana durante otra barbarie, la del nazismo, cuyo líder, Adolph Hitler, también germanizaba.

No seremos nosotros quienes defendamos los insultos, las agresiones verbales, los malos tratos, las palabras ofensivas, ningún *aquí sólo mis chicharrones truenan*, ni en general una sola de esas prácticas aberrantes pero, una vez dicho esto, a veces el que se siente *golpeado* es el que manipula semejante recurso para ocultar el fondo de la cuestión: al arrojar el agua sucia de la bañera con el niño dentro, en lugar de reconocer el desaguisado, *grita no me grites porque no soporto tus gritos*, como si el habla recia fuese el machete de Jack el destripador.

Quienes se refugian en la mera forma para evitar el fondo de la cuestión son todo menos inocentes; escurridarse tras el *no me hables golpeado* porque se le da más importancia al supuesto grito recio que a las malas artes que ocasionaron semejante *golpeo* es cosa de mala voluntad. Se trata de un artificio similar al que utiliza la mujer torticera o el ladrón español para defenderse de su posible dolo: *eso me lo dice usted porque soy mujer*, o *eso me lo dice usted porque soy español*. En esos hipotéticos casos se permanece en el estadio del realismo infantil tan bien analizado por Jean Piaget, como si tanto pecara el que mata la vaca como el que aferra la pata. Esa hipersensibilidad de piel de bebé cuela mosquito y traga camello. Decir *caca, pis* o *culo* se convierte así en una gran deslealtad a la realidad, motivo suficiente para rasgarse las vestiduras, mientras se tolera lo intolerable y se cometen brutalidades con dedos de cristal sin alzar la voz. He ahí otra forma de evitar mirar la realidad, es decir, de separarla surrealísticamente de la verdad: podemos ser hipócritas *meaqueditos* pero no hablemos golpeado.

Si la verdad cultural latinoamericana es de esta naturaleza, acabemos con la verdad cultural latinoamericana. Por supuesto, seremos acusados de machos alfa, de ser el toro que mató a Manolete, o de imperialistas: ya vete a tu país, gachupín, Latinoamérica para los latinoamericanos. 